

Apuntes de la síntesis de Julián Carrón
en el Centro nacional de los universitarios de Comunión y Liberación
Milán, 9 de junio de 2018

Todos hemos percibido esta mañana el alcance del desafío que representa para cada uno de nosotros la familiaridad con Cristo. Preguntaba nuestro amigo al principio: ¿Cómo llegar a reconocer este «rostro singular en última instancia», que tiene «rasgos inconfundibles hasta con los que Él mismo creó como signo de sí» (L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, p.166)? Esta es la cuestión decisiva. Y añadía que lo que le asombraba es que precisamente la relación personal con Cristo era el origen declarado de una alegría que veía en algunos amigos a su alrededor. El recorrido que hemos tratado de hacer esta mañana nos ha ayudado a comprender mejor en qué consiste esta familiaridad. Ya desde las primeras intervenciones se puso de manifiesto que esta familiaridad no sucede en abstracto, fuera de la realidad, sino delante de nuestros ojos, gracias a los hechos que suceden. Determinados hechos nos introducen en algo distinto, nos remiten a Su presencia. Como ha descubierto la persona que ha intervenido en primer lugar y que nos ha contado la conversación con un antiguo compañero de instituto al que ha vuelto a ver algunos años después. Apasionado lector de Nietzsche y de Sartre, persona brillante y llena de iniciativa, ese compañero le había buscado porque no estaba pasando por un buen momento: «Estoy atravesando circunstancias que me llevan a pensar que hay más de lo que yo creía hasta hace poco tiempo», le había escrito. «Ya que tú trabajas sobre tu corazón desde hace tiempo, me gustaría volver a verte para saber si puedes ayudarme a ver algo también sobre mí mismo». Y cuando se vuelven a ver le dice: «Me he descubierto más débil, más frágil de lo que pensaba, y las cosas más bonitas que me han sucedido en estos últimos años no son las que yo he querido crear, dominar, sino las que no he hecho yo: empiezo a pensar que me han sido dadas». En ese punto nuestro amigo irrumpe: «También para mí este momento precioso contigo lleva dentro la misma evidencia, es decir, la evidencia de que tú, ahora, me eres dado». Al escuchar estas palabras, el compañero se queda profundamente asombrado, se detiene, repite esas palabras y le da las gracias. ¿Cómo puede darse una percepción semejante del otro? «He podido decir esas cosas por la conciencia que he aprendido dentro de un determinado camino. Gracias a su asombro, sin embargo, lo he vuelto a adquirir como acontecimiento, como algo que sucedía y no solo como algo que había guardado durante años». El compañero se queda asombrado, cautivado por la mirada que ha recibido: esta mirada es para ambos un acontecimiento que introduce en algo distinto.

Este acontecimiento puede haber sucedido en un momento de la vida y después uno puede incluso haberse separado, como la chica sobre la que nos ha hablado el amigo de Florencia. Aunque había conocido la experiencia de GS, en los años de la universidad se había alejado. Este año su padre enfermó y murió, y ella volvió a contactar con una persona del movimiento que en su momento le había impresionado, la cual la invitó a pasar un día juntas. Al final del día escribía: «Algo dentro de mí ha dicho: “Yo quiero vivir así, como he visto vivir hoy”. No quiero admitir que todo esto llega de Otro con la “O” mayúscula, aunque sea evidente; sé que es un problema mío, un problema de familiaridad, no de conocimiento en abstracto. Pero después de lo que ha sucedido, a pesar de mi actitud nihilista, debo confesar que deseo esta familiaridad». Cuando uno se aleja, sale a la luz cuál es el riesgo que todos corremos: que la vida termine en la nada. La verdadera alternativa con respecto a la vida es esta: o el nihilismo o la familiaridad con Cristo. Es la alternativa frente a la que nos

hallamos no solo esta mañana, sino en estos tiempos; por tanto, no estamos aquí para hacer juegos de palabras. Lo que ha arrancado a esa chica del nihilismo no ha sido un discurso, sino que vuelva a suceder el inicio: ha sido la experiencia que ha vivido con alguien presente, no con una idea, no con una imagen, no con algo del pasado o con lo que había aprendido en los años de GS. Si Cristo se convierte en un hecho del pasado, como se había convertido para ella, entonces la vida se encamina al nihilismo, queda a merced de la nada. Y esto se ve, por contraste, cuando vuelve a sucederle el mismo acontecimiento de la primera vez, de un modo tan radical que provoca al máximo su libertad, que la obliga a decidir. Decía: «Quiero vivir así, aunque no quiera admitir que esta novedad llega de Otro». Lo que está en juego es su libertad: ella, como cada uno de nosotros, está llamada a decidir frente a lo que le ha sucedido al encontrarse con alguien. Todos nos damos cuenta de que, aunque nos encontremos frente a muchos hechos como el descrito, a menudo es como si bloqueásemos nuestra mirada, como si cerrásemos el camino que conduce a la familiaridad con Cristo. Y si esta familiaridad no invade la totalidad de la vida, nuestro yo permanece dividido, expuesto al nihilismo. Pero, ¿en qué consiste la familiaridad de la que hablamos? Con respecto a esto, es decisivo el recorrido contenido en la intervención de una de vosotros, cuando observa que esta familiaridad no está determinada por la cantidad de datos que tenemos sobre Cristo, por cuántas cosas sabemos decir acerca de Él o por la cantidad de hechos que hemos coleccionado, sino por el asombro ante Su presencia que sucede, es decir, por una experiencia en la que la totalidad de nuestro yo se ve cautivada, atraída, aferrada. El problema no es saber más cosas, sino si te encuentras delante de algo, de alguien que cautiva tu corazón, como aquella chica de la que acabamos de hablar. No se trata de tener más datos sobre el otro, porque de muchos conocemos «vida y milagros», pero esto no cautiva nuestro corazón ni siquiera un instante. La familiaridad no procede de las muchas noticias que tengo, de los muchos datos que conozco: puede haber teólogos que escriban libros y libros sobre Cristo, pero ¿cuántos están cautivados por Cristo? Lo mismo vale para cada uno de nosotros. Es el asombro por Su presencia, un asombro que implica la totalidad de nuestro yo, lo que hace nacer la familiaridad, una cercanía entre nuestro corazón y Cristo. Y se ve que uno vive esta cercanía por la libertad que tiene con respecto al presente y al futuro, con respecto a la marcha de las relaciones, de las distintas situaciones, del trabajo. La familiaridad con Cristo no es el resultado de un silogismo: «Por tanto, tengo que decir “Jesús”», como algo añadido, sino que florece dentro de la experiencia de una correspondencia única con nuestra humanidad que hace crecer el asombro por Su presencia.

¿Cuántas veces, ante los hechos que habéis contado esta mañana, os habéis sorprendido diciendo «Tú», pronunciando Su nombre por el asombro que invadía todo vuestro ser? ¿O es que el «Tú» ha sido como la conclusión de un silogismo, el resultado de un «por tanto...»? Digo esto para ayudarnos a hacer un camino: si no es así, nos contamos hechos excepcionales, pero es como si ya supiésemos la respuesta de antemano, y entonces la añadimos al final del relato o del razonamiento. Si no nos asombramos realmente del acontecimiento de Cristo que sucede, no nos sorprendemos diciendo «Tú». Qué distinto ha sido lo que nos ha testimoniado nuestra amiga con su intervención, cuando ha dicho que, después de la conversación con su compañera, al darse cuenta de que vivía ante la misma situación problemática no el escándalo por el sacrificio y el odio por cómo habían ido las cosas, sino una alegría y una libertad, «no ha podido evitar decir “Tú”». Llena de asombro, ha reconocido que esa alegría y esa libertad se daban en ella porque Cristo estaba aferrando cada vez más su vida. Es lo que les sucedió a los discípulos en el episodio de la pesca milagrosa. ¿Qué nos cuenta el Evangelio? Os invito a que lo leáis. ¿Cuál fue la reacción de Pedro ante la sobreabundancia de la pesca? También los discípulos sabían muchas cosas de Jesús, pero cuando ven esa «cantidad

enorme» de peces, ¿qué sucede? ¿Hacen todo el proceso hasta llegar al «por tanto...»? No. «Y es que el estupor se había apoderado de él [Simón Pedro] y de los que estaban con él, por la redada de peces que habían recogido» (Lc 5,9). Había sucedido un hecho cuya única explicación era ese «Tú», ese hombre presente, que les había dicho que arrojaran las redes a pesar de no haber pescado nada en toda la noche. El reconocimiento de ese hombre, de quién era ese hombre, de su excepcionalidad –un reconocimiento que empezaba a abrirse camino en Pedro y los demás apóstoles–, no era la conclusión de un razonamiento abstracto, sino el resultado de un asombro sin parangón que atravesaba todo su ser: se encontraban delante de una presencia excepcional que ponía en movimiento toda su razón y todo su afecto, que desafiaba toda medida, que suscitaba un interrogante inexorable y cambiaba su vida desde lo hondo, que les hacía ser ellos mismos de forma cada vez más plena.

Se ve quién es Cristo porque su realidad es de tal densidad que me hace libre, que me hace estar alegre. Decía nuestro amigo de Bolonia, hablando de la amiga que había conocido recientemente: «Cuando ella está, estoy contento». No ha dicho: estoy contento porque existe la tierra, sino porque está ella, una presencia, un «tú». Esto es fundamental para comprender cuándo hablamos de cosas reales. Nos damos cuenta de que Cristo existe, está presente, porque nos hace libres, nos hace estar alegres, nos permite vivir una experiencia que de otro modo sería imposible. Si Cristo no fuese una presencia llena de realidad, no podríamos explicarnos esa libertad, esa alegría. No somos unos visionarios, no tenemos que imaginarnos nada, solo tenemos que reconocer lo que existe, ser leales hasta el fondo con lo que sucede. Y si no llegamos hasta ahí, hasta el reconocimiento de Su presencia presente, a la familiaridad con Él, no encontraremos una respuesta verdadera a la exigencia de totalidad y de unidad de la vida que cada uno lleva inscrita en su propio ser, una respuesta que cada uno de nosotros necesita para ser él mismo.

Quien ha empezado a experimentar la novedad que Cristo introduce en la vida y a reconocer Su presencia –en los hechos concretos de la vida, a través de los signos humanos de los que Él se sirve para hacerse contemporáneo– puede captar de verdad el método que Cristo ha establecido para responder a nuestra exigencia de totalidad: «¡Sígueme!».

El método no es otra cosa que una convivencia con Su presencia, como cuenta el Evangelio. En el episodio de la pesca milagrosa resulta evidente. No habían sido capaces de pescar nada en toda la noche. Jesús los ve mientras, agotados, lavan las redes, y le dice a Simón: «Rema mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca». Simón responde: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos recogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes» (Lc 5,4-5). Por la confianza que aquel hombre había generado ya en ellos echan las redes. Podemos hacer millones de esfuerzos durante toda la vida, como ellos durante toda la noche, y puede no suceder nada, porque el cumplimiento no es algo que podamos generar nosotros. Cada uno puede hacer todos los intentos que quiera, puede seguir sus imágenes, pero siempre tiene que verificar si sus intentos y sus imágenes le llevan a lo que trata de alcanzar. Entonces, si has pasado toda la noche y no has pescado nada, acuérdate siempre de que existe otra posibilidad, como para los discípulos: que llegue alguien que te haga una propuesta y te diga: «Echa las redes», y tú, que eres experto en la pesca pero no has conseguido hacer nada durante toda la noche, te abras a otra posibilidad porque has entendido que tus intentos, seguir tus imágenes, seguir tu medida, seguir lo que se te ocurre con toda tu buena voluntad no produce lo que tú buscas.

Y es quizá cuando nos vemos así, como unos pobrecillos, cuando estamos más disponibles para abrimos a una posibilidad que nos ofrece otro, que no llega de nosotros, que no dominamos nosotros.

Como la chica cuyo padre había muerto y que, después de años, se abre de nuevo a una posibilidad que ya había entrado en su vida, y busca a la persona que en su momento le había impactado. Esta persona le llama y le dice: «Ven a pasar un día conmigo», y sucede algo imprevisible, vuelve a suceder ese acontecimiento que le abre, que le hace renacer, que provoca su libertad. El cristianismo es este acontecimiento y no un intento nuestro: no es algo que produces tú con tu esfuerzo, con tus planes, o que ajustas tú eligiendo lo que quieres de todo lo que se te propone, haciéndote tú el guiso. El cristianismo es un acontecimiento, algo imprevisto, imprevisible, no construido por tus manos, algo que no se puede reducir a tus proyectos, que te hace experimentar una plenitud que no puedes obtener con tus capacidades, que suscita un atractivo incomparable y que te invita a seguir. «Echad vuestras redes». Hicieron lo que les decía e «hicieron una redada tan grande de peces que las redes comenzaban a reventarse. [...] Al ver esto, Simón Pedro se echó a los pies de Jesús diciendo: “Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador”» (Lc 5,6.8). Pedro dice: «Señor, apártate de mí» delante de alguien presente, delante de un tú, al ver toda su pobreza comparada con aquel que tiene delante. Se echa a los pies de alguien, de un tú de carne y hueso. Sin ese tú no habrían existido las demás consecuencias, empezando por la sobreabundancia de la pesca y el asombro. Esta es la cuestión: sin ese «Tú», nada habría sucedido. Por eso seguirle, estar con Él, ir con Él a pescar, era para ellos más interesante que ir con este o aquel rabino a leer el Antiguo Testamento o ir al templo de Jerusalén. Se habían topado con el Misterio presente, con Dios hecho carne. Esta es la diferencia que ha entrado en la historia con Jesús; y si no la comprendemos, no saldremos de nuestro esquema, de las miras estrechas de nuestros intentos.

Entonces, ¿qué hace falta? ¿Cuál es el método? Secundar Su presencia tal como sucede, seguirla hasta ir a pescar con Jesús, acoger su iniciativa: «Echad vuestras redes». Si no secundásemos Su presencia, no seríamos capaces de construir un instante de este asombro que invade a Pedro, porque es Cristo quien lo hace posible, hasta llegar a aferrar la totalidad de nuestra persona. Este es el mayor desafío que ha irrumpido en la historia: ir a pescar con ese hombre era la clave para acceder a eso que todos buscamos, era el modo con el que se hacía experimentable la respuesta a la espera que todos tenemos, aunque sea confusamente. La verdad era alguien que tenían ante sí. Y el método no ha cambiado desde entonces. Si no queréis perderos lo mejor, si cada uno de nosotros no quiere perderse lo mejor, lo más esencial es reconocer dónde sucede el Misterio, dónde se hace presente Cristo, y decidir seguir Su presencia según la modalidad con la que ella se mueve (hoy es pescar en Cafarnaún, pasado mañana ir a Nazaret, al día siguiente a Caná...). Si no secundamos el modo que tiene esta presencia de moverse en la historia, no podremos experimentar el ciento por uno («Quien me sigue tendrá el ciento por uno...»; cf. Mt 19,29). Si no hubiésemos venido aquí esta mañana no habríamos podido ver lo que ha sucedido delante de nuestros ojos. Y esto vale para todo lo que propondremos para los próximos meses: tenéis así el criterio para decidir, porque solo quien tiene la conciencia del método elegido por Cristo podrá decidir de forma adecuada. Como decía el canto *Along the Jordan river*, «sin Él ya no soy capaz de comprender las cosas». Por eso Le seguimos, secundamos Su presencia tal como sucede y se propone a nuestra vida. Sin lo que nos ha sucedido, no somos capaces de comprender las cosas hasta el fondo.

Un episodio reciente nos lo muestra de forma clara. El pasado mes de marzo, una profesora universitaria del movimiento que es *memor Domini* y que vive en Kazajistán desde hace diecisiete años, tenía que participar en un encuentro de responsables de los países de la antigua Unión Soviética que iba a tener lugar en Vilna, en Lituania. Tenía comprados ya los billetes de avión, pero cuando se acercaba la fecha se dio cuenta de que tendría que saltarse dos días de clase antes de los

exámenes. Estaba bloqueada por esa situación y se preguntaba si tenía que asistir. Estaba fuertemente tentada de renunciar a ir para poder atender los compromisos que tenía. Un día llega a la universidad y el rector de la facultad se da cuenta de que está un poco desconcertada y le pregunta: «¿Qué te pasa?». «Estoy un poco inquieta porque me han invitado a un encuentro que tendrá lugar en Vilna – le explica de qué se trata–, pero aquí hay muchas cosas que hacer, y me he dado cuenta de que no puedo ir». El rector –de tradición musulmana– le dice de golpe: «¡Pero tienes que ir! Si tú no vas, ¿de qué sirves aquí? Te pido que vayas, porque si tú no vas a un encuentro que es tan decisivo para tí, nosotros no podremos disfrutar de la forma con que tú vives el trabajo, con que tratas las cosas. Por eso tienes que ir». Y ella: «Pero tengo muchos compromisos». «Dame la lista de todo lo que tienes que hacer: yo lo haré en tu lugar». Y esto despeja el panorama (podéis leer esta historia en el número de *Huellas* de junio). A veces tiene que venir alguien de fuera para que seamos conscientes de qué quiere decir participar en un gesto que tiene un alcance decisivo para la vida cotidiana, para que seamos conscientes de la novedad que el encuentro que hemos tenido implica a la hora de concebir y de tratar todo.

Si no llevamos en los ojos lo que hemos visto esta mañana, si no crece la conciencia de que solo siguiendo Su presencia tal como sucede se puede generar una libertad, una alegría, una fecundidad a la hora de vivir todas las situaciones, nos perderemos a la primera de cambio, no tendremos un criterio para decidir qué hacer, empezando por las propuestas para este verano. El rector kazajo entendió perfectamente que si la profesora del movimiento no hubiese participado en este lugar, en este encuentro de Vilna, habría sido inútil allí, en Kazajistán, porque la contribución originalísima que ella ofrece con su modo de trabajar depende de que «va a pescar con Él», y la pesca estaba en Vilna en esa ocasión. De hecho, no estamos hablando solo de la pesca de hace dos mil años. «Ir a pescar con Cristo» coincidía para ella con participar en este lugar al que Cristo, a través del movimiento, la invitaba. Cada uno tiene que decidir cómo responder a las propuestas que el movimiento le hace, pero independientemente de la decisión que toméis, verificad qué sucede. ¿Crees que puedes renunciar a seguir la modalidad con la que Su presencia sucede y te provoca? Muy bien, verifícalo, y después, como le ha sucedido a la chica que ha vuelto después de años, podrás comprender si la imagen que te habías hecho correspondía a la verdad o no. Si no verificamos que solo la familiaridad con Cristo regenera la vida y que esta familiaridad se incrementa participando en ese lugar en donde Él se hace presente, «yendo a pescar con Él», terminaremos olvidándonos de la familiaridad y seremos como minas flotantes en busca de una brizna cualquiera de satisfacción, nos volveremos cada vez más escépticos, seremos presa del nihilismo. Esta es la verdadera decisión, entre la familiaridad con Cristo y el nihilismo.

No estamos aquí para perder nuestro tiempo, nos encontramos frente al verdadero desafío, ese que nos afecta a todos: verificar si la última palabra sobre la vida es la nada o si existe otra posibilidad. El compañero de instituto que leía a Nietzsche y a Sartre, en cuanto la vida empezó a apremiarle, fue a llamar a la puerta de nuestro amigo porque le había visto vivir de forma diferente. Cada uno de nosotros necesita volver a ver cómo sucede Su presencia, nadie está exento del riesgo de perder el camino, de pensar que puede apañarse con sus propios proyectos.

Si ahora, a través de los avisos, proponemos algunos gestos, es para decir: «Fijaos que este verano Su presencia se mueve de este modo, te provoca y te sostiene a través de estas modalidades». Jesús no desaparece, no se convierte en una mera inspiración que cada uno se imagina como quiere. ¡No! Cristo es una presencia, es un acontecimiento ahora, y este verano te ofrece ciertos puntos de encuentro para que tú puedas ser reclamado de forma más clara y persuasiva, para que tú puedas

seguir con más facilidad y afrontar tus desafíos cotidianos con un horizonte humano. Que cada uno decida. No vengáis a los gestos que el movimiento os propone porque lo dice el responsable. ¡Os podéis ahorrar esto! Si queréis hacer otra cosa, hacedla y que cada uno verifique. Y si alguno se confunde, no es esto lo que me interesa: lo que cuenta es que pueda comprender la diferencia entre seguir sus propios pensamientos y seguir la propuesta que el movimiento le hace (como le pasó a la chica de la que ha hablado nuestro amigo). No da todo igual.

Todos hemos visto, en el caso de la caritativa, cómo siguiendo sencillamente un gesto se ha producido en muchos un cambio de su persona que afecta a la totalidad de los factores. El alcance de un aviso es como decir: «Echa la red». Quien acepta hacerlo puede asistir al milagro, puede verse invadido por el mismo asombro que Simón Pedro. Todos los gestos que el movimiento os propone son la renovación de esta invitación: «Echa la red». «¡Pero esta noche no he pescado nada!». «¿Tienes razones, por tu historia, para fiarte todavía?». Solo quien se fía podrá ver el resultado.

Añado que cada gesto se propone en su totalidad. Uno puede no aceptarlo con libertad, porque no está suficientemente convencido de su valor. Es como si Jesús dijese: «¿Quieres venir a hacer este gesto conmigo?», y uno dijese por toda respuesta: «Depende», quizá no ha comprendido de qué se trata. El movimiento nos desafía a mirar todos los gestos como la ternura de Cristo que nos invita a «ir a pescar con Él». Puedes decidir si adherirte o no: verificarás qué te ha sucedido, en un caso o en el otro. No os preocupéis si somos muchos o pocos. Jesús se quedó con doce, también nosotros podemos volver a empezar con doce. Solo las personas que viven una pasión por lo que les ha sucedido podrán atraer también a otros.

¡Buenas vacaciones a todos!